

Noticia para la Antibiografía de Leonidas Yerovi.

YEROVI, PERSONAJE NOVELABLE

Vida improvisada y vehemente la de Yerovi, condiciona un porvenir que él mismo no entreveía tan claro. Su misma vehemencia le impidió detenerse a pensar, en su presente intenso o en un futuro inmediato y sorpresivo. Lejos de sorprender la muerte a Yerovi, él es el que sorprende a la muerte, recibéndola tal como siempre lo hubiera querido, entre un poema frustrado y unas fiestas próximas de Carnaval; entre la mesa de la redacción y calle limeña por antonomasia, el jirón de la Unión, como una exaltada médula espinal de la ciudad. Y la recibe cuando la muerte no tenía nada que arrebatarse, más que unos años de juventud, que él había vivido ya con antelación impaciente y con largueza. Porque la figura de Yerovi se destaca sobre un generoso fondo de dilapidación. Dilapidación pródiga e íntegra, de los que hubieran podido ser sus más esquivos ahorros humanos. Todo corazón, dinamismo y generosidad, cruza la vida este bohemio adelantándose a su propio ritmo. Talento e imaginación, diario derroche con que decoraba el horario exigido de su cariño. Su cariño: uno y múltiple al que llegó siempre con atraso, o por el contrario con un terrible adelanto, y que forjó la viñeta más melancólica de su propia

novela: Aquí en el Perú, el país por excelencia de un largo contenido emocional. Emoción telúrica y emoción humana, como dos enormes fuerzas sin cauce en compaz de espera, de una lograda creación constructiva. Aquí, donde tenemos la urgencia de hablar de personajes novelables, antes que de una novela que sólo está en promisoría aunque vigorosa pubertad. En un largo índice tendremos que agrupar a Leonidas Yerovi junto a la Mariscalá. Muy junto a ella Valdelomar—el casi su creador—. A su vera Santa Rosa de Lima, Ramón Castilla y tantos otros. Afirmación de un selecto perfilarse humano de agudísimas proyecciones para su realización novelada. Hoy ya se puede tener ciega confianza en un futuro novelado del Perú, hecho de su propia riqueza inminente y vital. Junto a la novela de pura imaginación creativa tan apreciable y cabal, pero que en el Perú todavía no ha llegado a solucionarse en una dirección definitiva, tendrá que aparecer maduramente amanecido nuestro porvenir, en los caminos a que claramente la delata su futuro discurrir. De un lado, la expresión rural de nuestra novela campesina, que ya constituye hoy día una palpitante realidad de morfología propia y paisajes inconfundibles, que alientan su desarrollo. Expresión de una expectativa y un presente inmediato que nadie se atrevería a dudar, ni a disentir. Intimamente ligada con algunas modalidades de la anterior—poseedora de una función humana común—propende a desarrollarse y crecer, el ámbito literario de la novela racial con un contenido de emoción inconfundible. País de mestizaje y campesino, el Perú tiene que dar una humana solución a su doble tensión social. Y junto a ellas el consolado optimismo que haga revivir entre el mundo asediado de la creación latente, la dúctil riqueza novelada que es todavía una promesa en espera. *Volver hacia las vidas* para lograr el milagro de una *post-vida* más emocionante y nue-

va—o igualmente emocionante e inédita—. Aquí donde no se puede hablar del acerbo de nuestra novela, sí podemos en cambio hablar con generosa despreocupación de nuestros personajes novelables, de cuatro siglos transcurridos bajo las temperaturas espirituales y sociales.

Leonidas Yerovi es una de las más exactas posibilidades para esta empresa matinal. Tiene toda la riqueza psicológica de un criollo engréido, aventurero e inteligente. Y todo el atrabiliario programa de una bohemia periodística amargamente alegre, audaz y original. Realizó la idea cabal de un tipo extravertido, de vida intensa, y como de cierta impaciente angustia que interiormente lo convenciera de la brevedad de su peripecia. Lo sabemos, como al periodista ágil, al autor afortunado, al amigo entrañable, al enamorado impenitente. En él, la familiaridad de la frase “vivir su vida” perdió toda su vulgaridad. Yerovi vivió su vida tan honda y tan exactamente que sorprende y desconcierta. Y cuando la muerte lo reclamó en forma violenta y sorpresiva, uno se queda abismado de cómo, el suceso definitivo en la vida del hombre, llegó para Yerovi en forma tan audaz y original como había sido su vida. Yerovi se ganó a sí propio, viviendo y muriendo la historia, que quién sabe si a él mismo, le hubiera correspondido escribir.

INADAPTACION, DESADAPTACION, BOHEMIA

Impulsos emocionales son los que violentaron sin claudicación la vida de Yerovi. Reclaman predominio sin discusión sobre cualesquiera otros. En la encendida y álgida bohemia que significó una generación periodística brillante, sin antecedente y—todavía, sin consecuente—la nariz de Yerovi—su interrogación civil y célebre—apunta sobre un

derrotero inconcluso. Concluído sólo por él, brutal y trágicamente, como debía ser. Por más que él se empeñara en adoptar un gesto cívico—broma perdonable e inofensiva—con que oficialmente aparecía ante la sorprendida ciudad. Unía en su personalidad en inicua hermanía, su dinamismo y su pureza, de que tanto se le acusa, de no haber terminado toda una obra en promesa. Vivió íntegro su vida. Vida sin método, sin cauce, intensa, torrentosa y aplacada. Atrabiliario, catador de un campo dúctil que se contaba a partir de las mismas entriañas de un periodismo sin descanso, y hasta los altos y reacios paraísos de una literatura entresonada. Pero en todos los caminos sólo se supo de él, por su gesto precipitado de turista angustiado, en empedernido dilema de quedar y de irse, sin solución y sin objetivo. Entonces no queda sino una cabal constatación ineludiblemente asociada al destino de su nariz. Nariz bohemia y desadaptada entre su rostro, como él lo fué en este mundo ineludible. Perennizada en retratos y caricaturas en los que se destaca airoso y agresiva, célebre, popular e imprecisa. Disconforme como ella lo fué Yerovi en su trayecto. No sabemos si la sociedad hiere a Yerovi, o si Yerovi hiere con finísima daga a su ciudad. De una manera o de otra el humorista y el lírico gozan desaforada y despreocupadamente del minuto reacio, que adivinan, además, breve. La ciudad lo tolera; más que lo tolera, lo necesita y lo quiere. Siente la imperiosa urgencia, de una liberación un poco vedada. Ríe, se duele, muere, agoniza, sueña a través de su poeta, todo el programa inimaginado que es incapaz de realizar. Y el bohemio, consagra su tipo predilecto, a quien critica, pero secreta y públicamente admira. Cuando Lima oficialmente prodiga su elogio y su simpatía al poeta; su más íntima y recóndita intención, mima, y acude por el bohemio, con la frágil y golosa dulzura de lo prohibido. Su cinismo ático y

desaprensivo, la altera y crea un profundo jardín de simpatías. Mientras su bohemio alterna alegrías y angustias en cada nuevo—y por lo mismo sorprendente—momento: “entre sus novias y entre sus amigos, Yerovi, daba entera el alma” escribía un contemporáneo suyo. Y él sabía decirlo, un poco alegre y cínicamente, aún cuando recién empezaba su carrera literaria: “A un conquistador” era uno de sus poemas y muy ufano añadía “de colega a colega”. Era la jactancia inofensiva y simpática que siempre puso a su aventura de amor; como cuando dice en “consejos interesados” (Actualidades 1904):

más si cariño tu pecho ansía
y necesitas Aurora mía
quien te idolatre con frenesí,
quien te dedique su pensamiento
quien no te olvide por un momento
vuelve los ojos, cese tu llanto
fíjate en mí”.

Lo llamaban “el niño Yerovi”, justa y cariñosamente. en vida y en muerte sus contemporáneos tuvieron palabras atildadas para admirar su gesto humano. Federico Guillermo More, lo ubica el año 1911 en “Ilustración Peruana”, con extraña precisión: “Desvergüenza lírica y cinismo sentimental:—dice—tal es la fórmula del espíritu de nuestro poeta”. Y al mismo tiempo lo acusa de formidables “pecados de holgazanería”.

No en vano Yerovi, convicto y confeso amator, inseguro e inconstante, escribía vagos versos biográficos de calurosa delación:

Ni a los yugos más sedeños, ni en la jaula más dorada
quiero verme uncido o preso bajo el cielo tentador,

yo amo el aire crudo y libre de la pampa asoleada
yo amo el nido que improvisa la floresta perfumada
yo soy pájaro de cuenta, yo soy pájaro cantor”.

Libérrimo detentador de sus propios defectos—también de sus virtudes—lo dice con franqueza:

Vuelo, fugo. . . . voy al bosque donde acampo entre legiones de otros pájaros burlones que detestan la Ciudad.”

Con esa íntima condescendencia para su corazón, toma la vida en su propia dosis, lleno de conformidad y sin rebeldía:

Embeberme en la corola de cada rosa, y ahíto rodar luego, si es mi suerte, con un trino como un grito doloroso en mi garganta, pero de un eco burlón”.

Ni la protesta encendida, ni el deliquio femenino; actitud despreocupada y familiar, hecha del mismo nervio de su libertad. No quiere que le aprisionen “ni las manos más pulidas”. Sigue un camino oportuno:

yo soy como me han forjado
y no como se eligiera”.

Su inconformidad social se resolvió dentro del clima intelectual de su época, en una bohemia impenitente. Compartió con Valdelomar la encarnación de este difícil tipo de espontaneidad. Pero en Valdelomar la bohemia fué más literaria que humana; mientras que en Yerovi era más humana que literaria. Lo simpatía general tuvo para él todos sus halagos y sus condescendencias porque Lima pudo entrever, todo lo afirmativo que escondía bajo su disfraz diario. “Este bohemio alegre y despreocupado—refiere Cabotín—fiel

y sincero en la amistad, leal y generoso en el compañerismo intelectual no tenía ni enemigos, ni envidiosos". Todos sus contemporáneos hablan de su gran corazón, como una expresión raramente valiosa. Federico Larrañaga, ese otro gran bohemio de su generación, muerto prematuramente en Suiza, hace cumplido elogio de su fibra emocional: "es dueño de un carácter alegre, vive siempre en broma y tiene un corazón infantil, púber de bondades y de simpatías; un cerebro, sólido, equilibrado, frágil, elástico y preñado de armonías y de ritmos..." (Siluetas bohemias, Variedades, 1909).

Desadaptación, inadaptación, bohemia. He aquí tres de las humanas razones que hicieron vivir y morir a nuestro poeta. Tuvo el gesto noble y temerario de poner su voluntad y su talento al servicio del corazón. Y por eso su vida está entrecortada con los entusiasmos y los temores que se forjan en las mismas entrañas de la angustia.

EL DIALOGO HUMANISIMO

Biblioteca de Letras

«Jorge Puccinelli Converso»

Leonidas Yerovi nos depara su diálogo lleno de ternura y contradicción. Y lo realiza en su más cimera y atormentada expresión, respondiendo a una pregunta que tanto y de tan lejanas distancias sucesivas se han planteado denodadamente impacientes líricos. No trascurrió en él, esa tranquila y no sabemos si privilegiada situación de los que logran una perfecta adecuación entre su aliento interno y la expresión exterior. Esa equilibrada medida en la que coinciden las dos fuerzas gestoras de la obra intelectual, y logran una irreparable conclusión llena de parquedad y alegría, pero a veces también ausente del enconado y alto signo que preside las obras hechas en el forcejeo vivido en la

angustia. Tragedia, y no única en la vida de Yerovi, fué esta falta de una común medida para dos fuerzas que en su ser se trocaban en tensas y odiantes oportunidades. Cuando Yerovi percibe y logra la forma literaria—en su uniforme intelectual de “humorista”—irrumpe irreparable ese otro e inconfundible aliento interior, que toda su vida lo elevó, aquejándolo, gozándolo y persiguiéndolo en una masculina y vibrante pugna espiritual; por eso es que formal y literariamente Yerovi fué un *contradictorio*; un contradictorio gestado en su propia vocación, y en su terriblemente intrascendente misión. Mientras el público reía, Yerovi *sufrió* íntegra y logradamente su risa. Porque tras de la forma acabada e impecable, él nunca pudo detener la beligerante misión de sus impulsos interiores. Es así como su vida transcurre en medio de un acesante diálogo agitado. Diálogo que ni siquiera terminó con la pausa inesperada de su muerte, sino que deja una interrogación más sin respuesta; un otro problema, larga y dolorosa dilación inmerecida. Fué un contradictorio *simultáneo*, y no esos contradictorios sucesivos en el obrar, que tanto acaecen en toda historia. Se desenvolvió en una o muy inútil, o muy fecunda pugna, que luchaba por derrotar la propia contradicción, creándola en ese mismo momento, y así en toda su trayectoria humana. Lucha imposible de olvidar, porque fué la que deleitó la acongojada belleza de esos inigualables “versos del Carnaval”.

“Poco se ha escrito en el Perú—ha dicho Federico More—más risueñamente pensativo”. Tienen un íntimo y sincero sabor pirandeliiano. Mejor pudiéramos decir, una intuición pirandeliiana, en la época en que se escribieron, a principios de 1911. En el poema se hermana a una potente y extraordinaria fuerza lírica, la ironía doliente e inagresiva, y la forma redonda y brillante. Sueño y realidad se opo-

nen y entrecortan, mientras los protagonistas se desdoblan sobre sí mismos y varían. Y la solución siempre es absurda:

¿Estaba muerto? ¿Soñaba
con ella? ¿Estaba dormido?
No lo sé, ni me importaba
Pierrot estaba y no estaba
Pero yo estaba bebido...

El drama siempre se nutre de la propia entraña del absurdo. El drama lógico nunca llega, queda detenido, se asusta de su propia inminencia. El poeta conoce muy bien estos inseguros resortes de la realidad, y verifica un admirable malabarismo de conceptos. Resuelve la realidad por el absurdo. Y determina las lindes imprecisas del ensueño con agresiva exactitud lógica. El resultado es y tenía que ser el drama. Pero es un drama tan totalmente dramático, que al mismo tiempo es esencialmente absurdo. Le repugna precisar la atmósfera por donde trafica; sus estampas confunde dos sonidos en una misma vibración: uno sutil, de fuga y otro terrenal. Ante esta muestra no podemos averiguar si es nuestra vigilia o nuestro sueño:

Temblando entre los espejos
con luminosos reflejos
los focos de las cornisas
y bajo las claras ondas
todo era fru-fru de blondas
entre estallidos de risas,
fulgor de vivas miradas
encuentro de ojos traviesos
diapasón de carcajadas
y húmedo sonar de besos”.

Pero sí podemos decir que es un Pierrot enormemente humano, sobre todo porque es de pura ficción. Yerovi se complace—¿o se duele?—de presentarnos tal como debe ser un *anti-pierrot* digno que pueda erguirse ante esa prostitución genérica a que lo han sometido los literatos:

Yacía lívidamente
y congelada en su frente
una línea de sudor
surcaba la blanca harina
que humedeció Colombina
con sus ósculos de amor

Su faz transparente y seca
se transía en una mueca
estupendamente loca
y era agresiva la hueca
negrura de su ancha boca”.

El poeta se encara a Pierrot y logra en una feroz arenga, convencerlo de que abandone la muerte. Y Pierrot “abandona la muerte”, a través de una escena de dolor y ironía. Su movimiento se produce al recuerdo de Colombina:

Y ante aquél nombre querido
ví como se levantaba.
Le ví de mi brazo asido
Pierrot estaba y no estaba
pero yo estaba bebido...”.

Pero Pierrot se había adaptado a la muerte, mucho mejor que a la vida. Por eso estos nuevos primeros pasos son inseguros y también aburridos. Yerovi constata que

Pierrot “forcejeaba, por huir hacia el olvido”. Pero el furor lo estaba acechando desde todos los rincones del salón. Oye y vé a Colombina, y

Pierrot vibró al escuchar
la risa de aquél reir
y al ver a la infiel pasar
sintió el ansia de morir
pero sin resucitar”.

El drama se posesiona de la realidad “in crescendo”. El poeta hace proesas de versificación; son como sus vacaciones dentro del poema:

Luego una fuente que zumba
más tarde el zumar de un vaso
y ya armada la querella
el tremolar de una silla
el volar de una botella
y el adiós de la vajilla
¡Maravilla! ¡Maravilla!

La vigilia conspira por apoderarse del poema insoportablemente. El poeta redentor del nuevo pierrot resurecto, se enreda en una lucha de malas consecuencias:

Fué una lucha detestable
¡cuál se portó el miserable
valido de su poder!

Los protagonistas emigran en un éxodo veloz y oportuno. Corren a refugiarse en un integérrimo limbo celestial. La afanosa creación del poeta se diluye como debía sucumbir, absurda y trágicamente. Risueñamente, agitadamente:

Y mientras yo desvaído,
de mi suerte blasfemaba
bajo el rencor del bandido
¿Pierrot estaba? ¡No estaba!
¡Pero yo estaba molido!

Pero es el drama que no concluye, que vive en su muerte en un paraíso absurdo, inconfundible e inconfundido, donde acude el poeta como a un hogar dolorido y risueño, pero donde nuevamente se ve en la duda ley de añorar la tibieza que no logra completamente. La fugáz temperatura de un sueño inconcluso, afanoso y libre, que insinúa, su ala acogedora, para inmediatamente interrumpirse en realidad. Brusca caída entre dos mundos astrales dibujados con humo y carne, ambos percederos, precisos e incitantes, porque alientan una áspera esperanza, y que al mismo tiempo bosquejan el ancho gesto de la muerte.

SU ESCAPARATE MARAVILLOSO

Urgido por un destino, que apura en un ritmo intenso, no por eso Yerovi, deja de poseer líricamente un paraíso desconocido y amable, que ha forjado día a día sobre un andamiaje de sueños. No es este el mundo maravilloso que siempre se ha atribuído a Eguren—mundo difícil y difumido—un poco accesible sólo a los iniciados. Yerovi edifica su recinto maravilloso más humilde, fresco y tembloroso, como un infantil escaparate de muñequería:

‘Añoro, huraño y sencillo
mi mundo, quizás mundillo
pero mi mundo interior’.

Sus habitantes no contrastan con actitudes lentas, si-

no más bien con movimientos demasiado ágiles. Allí preside él mismo, su sociedad disparatada, bajo un disfraz insistente de Pájaro Burlón, dispuesto a claudicar inevitablemente ante el sutil encanto de la “Señorita Risa” en todas las “misas de alba” de su calendario sin fin. Gusta soñar con “Madama la Luna” que cantará en musicales versos:

Esta noche la Luna bien querida
ha venido a buscarme en el balcón
a inundarme en su luz y darle vida
de dulcísima paz a esta escondida
válvula inquieta, que es mi corazón”.

De pronto se interrumpen con pausas de una deleitosa fruición. Es la “Señorita Muñeca” que llega, y él rectifica razgo a razgo, con minuciosidad culpable. Para ella el poeta entona su más delicioso madrigal; un madrigal dulce e intencionado que musita a media voz para no quebrar el frágil cristal del aire. Atribuye al Sol ajenas cortesías, para su pequeña preferida:

«Jorge Puccinelli Converso»

Ella es así. Posée
la belleza más cándida y más fina
de la muñeca expuesta en la vitrina
que aguarda quien la admire y la desée!
cómo será la señorita bella
que el Sol madruga sólo por su vida
y una mañana la gentil doncella
no abrió los ojos, se quedó dormida
y aquella vez no amaneció por ella”.

Refiere en sueños, como la niña que lo quería tenía
“la boquita de turrón” y qué:

sus manos eran enanos
manojitos de jazmines
más que bellísimas manos”.

y añade su desencanto:

pobre y dolorido amor
tronchado botón en flor
y por eso adolorido
y por eso encantador”.

Siguiendo su inevitable imperativo relata una recepción encantada: las bodas del “Caballero Soneto” con la “donosa Canción”. Para ellos su escaparate se vistió de las más inéditas galas:

Presidían el cortejo en la simpática boda
que era toda
poesía,
la fresca doña Poema, la austera viuda, la Oda
y la matrona Elegía”.

«Jorge Puccinelli Converso»

Y cronista impenitente de un terrible suceso de poesía, no puede menos de anotar al día siguiente, cierta dificultad conyugal ocasionada por “el jovencito Epigrama”, entre los flamantes esposos.

Dos damas subrayan la transparencia de sus siluetas en los perfiles del vidrio; una es, la “Princesa Risa”, y otra la “Señorita Ilusión”. El cariño del poeta vacila entre ambas, las quiere y las odia a ellas con idéntico furor; y las reclama en todo momento:

Ah, la bella señorita
que llevo en el corazón

si me olvida, Dios permita
que comparezca a su cita
la señorita Ilusión”.

La quiere inseparable por ser “mínima, breve, hechicera” y porque “tiene los ojos traidores”. En cambio la Princesa Risa, es voluble y parlera: y sin embargo.

Una mañanita de la primavera
la Princesa Risa despertó llorando....”

Con ella sentía de repentinas cercanías y alejamientos impensados. Una noche quiere gustar con ella “las miles que la luna derrama”; pero inesperadamente la princesa se marcha:

—Porque está cansada de ‘soñar amores”.

Así Yerovi afinca la fragilidad de un dogma maravilloso. Crece su fe en él, como una compensación y como un descanso. Y lo viste de galas tan sutilmente frágiles, que parecen fabricadas por los dedos de los ángeles.

Biblioteca de Letras

«Jorge Puccinelli Converso»

CISNEROS Y YEROVI

Fraternalmente unidos aparecen en nuestra literatura Cisneros y Yerovi. Un mismo amor por la poesía y por esta tranquila y un poco dulce ciudad, los acerca y alienta una amistad profunda, y llena de lealtad. Coincide con la anécdota que Ricardo Palma relata en el pórtico de Poesía Lírica, libro póstumo del poeta, la aparición de la palabra literaria de Yerovi.

“Si la memoria no me es infiel—cuenta el ilustre tradicionista—fué allá por los años de 1905 cuando ví por primera vez a Yerovi, en aquel saloncito de la Dirección de la

Biblioteca Nacional por donde han desfilado en un lapso de cerca de seis lustros, casi todos cuantos en el Perú manejan con más o menos acierto, los trastes de escribir. . . . Y no pasó mucho tiempo sin que, como fruto de tales aficiones, viera con frecuencia en los periódicos, al pie de composiciones que eran prodigios de fluidez y de agudeza, la firma pronto popular y prestigiosa de Leonidas Yerovi". Efectivamente el año de 1905 ya la firma del poeta era extraordinariamente conocida en la Capital. Su "debut" le había cabido hacerlo en "Actualidades" más o menos unos dos años atrás. A partir del número 15 de esta singularmente interesante revista limeña, se ven publicadas casi sin interrupción ingeniosa letrillas, plenas de humorismo sin violencia; y de una alta ironía sin llegar a la mordacidad. Yerovi tenía cierta predilección por el género epistolar rimado, en el que desarrollaba desconcertantemente toda una teoría de los sucesos menores que aquejaban a nuestra incipiente ciudad. Admira como en Yerovi no se produjo un proceso de perfeccionamiento ostensible en el transcurso de su obra. Fué desde el primer momento un rimador natural, dotado de esa difícil disposición para lograr la consonante oportuna, que pueda lograr el verso sin forzar la sintáxis, ni la idea. Y esa singular facilidad no fué en él fruto de una labor de aprendizaje, sino fué—por el contrario—un intuitivo de la rima, y por eso pecó antes por exceso que por defecto en su balance lírico. Mientras Yerovi en la redacción de "Actualidades" consagraba ya a fines del año 1903 una sección humorística bajo el atento título de "Crónica Alegre". Luis Fernán Cisneros pulía una lírica llena de transparencia y delicadeza. En el lapso que transcurre entre 1903 y 1907, la revista limeña "Actualidades", desarrolla una decisiva labor literaria, que es imposible olvidar. Mientras Yerovi redactaba su Crónica Alegre, Cabotín inauguraba y

sostenía en “Viendo Pasar las Cosas” una curiosa labor social. Luis Fernán Cisneros redactaba su sección Ex-Cátedra que después continuaría Octavio Espinoza, y en sus páginas están las firmas de toda una generación literaria peruana: Palma, Gálvez, Chocano, Aramburú, Izcue, Lora y Lora, Amézaga, Renato Morales, Beingolea, los García Calderón, Ismael Portal, Sassone, etc.

Con una labor llena de pulcritud y sobriedad “Actualidades” estuvo muy lejos de la chabacanería, y antes por el contrario significó una selecta categoría intelectual gracias al talento lleno de entusiasmo de sus animadores. Así pudieron después de traspuesto ese difícil meridiano que para una revista significa su número 100, publicar una carta autógrafa de Menéndez Pidal dirigida a Cisneros, plena de conceptos elogiosos para la revista. En esta atmósfera es donde se fortalece la estrecha amistad entre los dos poetas. En el número 67 de “Actualidades” Yerovi le dedica a Cisneros unos Ensayos de Poesía Modernista “tímidamente”. Nuestro ambiente intelectual atravezaba, en esa época, por una etapa insegura. Se leían las poesías de Amado Nervo y José A. Silva. Y se entendía el modernismo más por su modalidad meramente exterior, en lo que representaba de innovaciones en la preceptiva, que por su significado íntimo. Entonces los poetas eran leídos por el gran público y por las mujeres. Y no se había consolidado un estado de espíritu de “arte puro” que significara un divorcio entre la masa y la “élite” como ocurre en nuestros días.

En tales circunstancias es que se afinan y gestan paralelamente las dos líricas hermanadas y diferentes. Un mismo cariño a Lima pero desde dos estados de espíritu diferentes nutre y alienta las poesías de Yerovi y Luis Fernán.

Cisneros, depositario de una herencia lírica casi aristocrática—Luis Benjamín Cisneros, de Libres Alas—tiene

un tono ceñido y delicado para cantar las virtudes de la querida ciudad. Su modulación es fina, recatada, pulida. Siente *la alta ciudad*, su noble genealogía, su destino de abolengo. Tan bohemio como su inseparable compañero de periodismo, reúne sus versos tardíamente en un libro que titula "Todo Es Amor" como una dulce confidencia plena de romanticismo.

Luis Fernán Cisneros encarna así al poeta limeño por antonomasia. Pero su canción se dirige únicamente a la alta Lima descendiente de un pasado virreinal pleno de leyenda. Siempre ajusta la modulación de la voz para un auditorio de esperanzas femeninas. Y en sus páginas está la biografía de la mujer limeña afinada hasta la transparencia. Sabe cantarla aureolada de un nimbo santo y lleno de galanura, en Santa Rosa de Lima:

Hace trescientos años que el jardín florecía
y lleno de perfumes florece todavía....."

A través de todos sus poemas se sospecha una nostalgia por todo aquello que significaba aristocracia y romance. Y al cantar a la limeña, canta a la "muñeca limeña" en lo que tiene de inmaterial y frágil:

Muñeca limeña ¡Qué bonita eres!
y cómo te quiero porque no me quieres.

.....
¿Nó arranca tu porte
de esa ya brumosa menina de corte
que un día viniera
llena de zozobras sobre la velera
nao en que volcaba Felipe Segundo
sus adulaciones para el nuevo mundo?"

Y cuando canta a la colegiala limeña ¿Nó la canta a través de la “sampedrana”, cifra y compendio de la descendencia de la alta alcurnia limeña?

Es por eso que Luis Fernán Cisneros es también un nostálgico como Ricardo Palma. Y su “limeñidad”, desde luego que fundamental e íntegra—lo es en cuanto significa—ahora en campo lírico—todo el prestigio y la visión aristocrática que llega desde un “coloniaje romántico” como podría decir Angélica Palma.

No es nada parecida, en cambio, la “limeñidad” de Leonidas Yerovi, sin dejar de ser tan fundamental y concreta como la del autor de los “Daguerrotipos”. Yerovi ni añora un virreynato lleno de prestancia, ni sufre la íntima emoción lírica, ante las supervivencias llenas de delicadeza de un pasado. Tiene otros ojos para ver Lima, y con ellos ve todo aquello en lo que Cisneros no repara, o gusta olvidar premeditadamente. Yerovi no es el poeta de la “*Alta Lima*” sino el poeta de todo aquello que no lo es; sino más bien de la “*Lima baja*”. Mientras Cisneros revive la calle Mercaderes decorada con una solución de “muñecas” llenas de fragilidad y aristocracia, Yerovi relata cualquier cotidiana belleza que puede ocurrir en el Cercado o en cualquier otro lugar exento de lustre-limeño. Cisneros tiene un tono aristocrático; Yerovi una modulación familiar. Frente al adelgazamiento casi inmaterial que emplea Luis Fernán Cisneros, por ejemplo, en su poema El Amor es un Paisaje. ¿Cabe más alegre algarabía que esta dulce exclamación toda vibrada de cariño?:

Pajarita, ya lo sabes. Pajarita si eres buena
no me esquives reprochando mi voluble condición.
Pajarita, pajarita, pajarita es una pena,
más nací como me hicieron, y nací con la condena
de ser pájaro bohemio, de ser pájaro burlón.

La diferencia es que Cisneros quiere evadirse de lo terrenal, mientras Yerovi permanece en ello. Es así como su creación de la "Princesa risa" nunca se inmaterializa totalmente, sin perder por ello una categoría de poco común excelencia lírica; igual observación podría hacerse en Mandolinata y tantos otros poemas. Porque Yerovi no desdeñó la delicadeza, sino se puede adivinar en él un profundo proceso interior, algo así como un temor de dar libre expansión a su robusto lirismo. "Suplicatoria", una de sus mejores poesías, es un modelo de sobriedad y pureza un tanto melancólica:

Señora breve y pulida
que buscas amor en vano
y que adormeces tu vida
entre la pompa florida
de tu quinta de verano".

Pero este íntimo temor a delatar una secreta ternura interior da origen al resorte de su poesía, pues acalla con una breve sonrisa, el proceso de la emoción, dejando una tenue vibración risueña. Así lo podemos apreciar en una de sus últimas poesías, que publicara "Variedades" a raíz de su muerte:

me detuve en la vidriera
del lienzo en exhibición
.....
al partir con vago anhelo
de un dulce sueño de amor
oscilé entre el paralelo
de si admirar el modelo
o si envidiar el pintor".

Tanto Leonidas Yerovi como Luis Fernán Cisneros, han logrado una pura pasión limeña. Uno y otro respondieron a un diferente designio interior. Si Cisneros es el exacto intérprete lírico de la Lima tradicional; Yerovi lo fué de la Lima inmediata, de la Lima real. Intimamente unidos en el periodismo y en la vida, reclaman igual situación en nuestro panorama literario. Y si Yerovi sigue escribiendo su sabrosa crónica rimada, en los ámbitos que para nosotros son una última interrogación, estoy seguro que dirá su aprobación, con su más inofensiva broma.

LUIS FABIO XAMMAR.



Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

